

Jesús Gallegos Olvera

Reseña de "Érase una utopía en América. Los orígenes del pensamiento político norteamericano" de Orozco,
José Luis

Revista Enfoques: Ciencia Política y Administración Pública, vol. VII, núm. 10, 2009, pp. 425-428,
Universidad Central de Chile
Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=96012388019>



*Revista Enfoques: Ciencia Política y
Administración Pública,*
ISSN (Versión impresa): 0718-0241
enfoques@ucentral.cl
Universidad Central de Chile
Chile

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

————— **BOOK REVIEW** —————

**Genealogía del excepcionalismo
revolucionario estadounidense.
La arquitectura poliédrica del poder en el
sistema político de los Estados Unidos**

Reseña de: Orozco, José Luis (2008)

Érase una utopía en América.

Los orígenes del pensamiento político norteamericano

UNAM/FCPyS/Sitesa, México, 348 pp. ISBN: 978-607-2-00030-8

Jesús Gallegos Olivera

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México
jesusgallegos1978@hotmail.com

Para quienes hemos leído el trabajo intelectual de José Luis Orozco es regla común concluir que sus libros o artículos exponen un desafío cognitivo. El reto consiste en identificar, entender y analizar la profundidad y complejidad de las ideas que despliega con una erudición difícilmente igualable. Muchos se vuelven temerosos de leerlo, otros más lo hacen con decidida cautela, para algunos la relectura constante es la estrategia que permite acercarse a una comprensión de los propósitos de los textos de Orozco. También, he escuchado los calificativos de “lenguaje críptico” o “pensamiento criptográfico” para referirse a su obra. Estas etiquetas son incorrectas porque el imperativo que exige leerlo no implica el uso de algún código secreto o *lenguaje logiástico*, pero sí demanda un compromiso con el saber conocer, aventurándose en los abismos paradójicos de las ideas y la estructura del pensamiento político estadounidense. Para los defensores de que “lo simple es lo mejor” y “lo complejo solo es una expresión de vanidad y ego intelectual”, la renuncia a la lectura de José Luis Orozco es la decisión constante. Para ellos, principalmente, va mi primera invitación, porque en el libro “Érase una utopía en América” se equilibra una narrativa excelsa en claridad con el rigor analítico y la explicación profunda que le son característicos. Como le es natural, Orozco es generoso en compartir sus conocimientos sobre el pensamiento

político estadounidense de una manera integral, que fluye, horizontalmente, del *nivel micropolítico* que establece una revisión de lo empírico y lo distributivo al *nivel metapolítico* caracterizado por la perspectiva ideológica, valorativa, legitimadora. En medio de ellos aparecen el *nivel mesopolítico*, científicista y corporativo, y el *nivel macropolítico*, público y estatal.

El libro “Érase una utopía en América” es un texto *voluminoso*. No obstante, en sus más de 340 páginas divididas en ocho capítulos, se estudia, analiza y sintetiza una lectura abrumadora de varios miles de páginas halladas en discursos, cartas, sermones, libelos, informes y documentos oficiales, que son resultado de una investigación dirigida en forma seria, brillante y notable. Ésta obedeció, como indica Orozco, a la “preocupación por atender”, y agregaría *entender*, “la voz y la escritura de los protagonistas políticos y sus intelectuales inmediatamente afines o lejanamente discordantes”. Por ello, apunta el autor, “(N)o se espere, pues, un texto lógicamente compacto: espérese”, puntualiza, “una narrativa de primera mano que, sin ceder a las tentaciones precipitadas de explicar la actualidad, deja que sean los propios protagonistas los que ocupen, por sí mismos y su quehacer histórico, un lugar en tiempo presente”.

“No interpreto”, declara el autor, “los acontecimientos en función de los eventos contemporáneos y, menos aún”, añade, “introduzco una categorización intelectual aceptada que, a fin de cuentas, lo compacta todo y deja todo por explicar”. Por ello en su evaluación y experiencia se establece que, “(N)i izquierda ni derecha, ni progresismo ni reaccionarismo, ni todas las antítesis políticas que satisfacen al análisis foráneo de la realidad estadounidense, pueden explicar una ordenación capitalista cuya sustancial raíz europea se planta físicamente en el ámbito colonial y, sin romper su lógica inherente, se desarrolla en la América del Norte, con modalidades peculiares, en un sentido corporativo metropolitano”. Así, la entendible paridad con la Corona Inglesa expuesta por el sobresaliente desarrollo económico, industrial, capitalista y la negación al pago de impuestos sin una representación que obedece, primero, a su condición paritaria y, segundo, al abuso, usurpación y, en síntesis, la tiranía absoluta del Rey Jorge III de Inglaterra, serán expuestos como partes del escenario político en que se expresa la arquitectura ideológica, revolucionaria y programática de los Padres Fundadores que sagazmente se analiza en este libro.

En el texto “se presenta”, establece Orozco, “una interpretación no convencional de las disociaciones, los desencuentros y los antagonismos, ahora infranqueables, entre las dos revoluciones burguesas”, entiéndase la francesa y la americana, “que hasta hace algunas décadas aparecían indistintas, casi gemelas, y que, dogmáticamente liberales e igualitarias, abrían una modernidad de la cual se desprendía la recreación racional de la historia”. Recreación que generó una base para la afirmación del excepcionalismo estadounidense, monopolizando los designios de Dios a su favor y, a su vez, permitió la identificación del enemigo en todo aquel que cuestionara su dogmatismo mesiánico, cuya más clara expresión será dada por el Destino Manifiesto, irrenunciable e incompañable.

“(L)a condición noratlántica y la épica revolucionaria que los dos movimientos celebraron como rasgo compartido acabó”, señala el autor, “desplomándose a favor de la llamada Revolución Americana. Sin embargo”, añade, “es el conservadurismo el que, desde Edmund Burke, cuestiona las coincidencias radicales de dos eventos que tuvieron lugar en dos dimensiones históricas y geográficas asimétricas del capitalismo, por no mencionar sus atmósferas políticas y de clase”. Liberales en sus argumentos, conservadora la estadounidense en los hechos. Coincidente esta evaluación con la que en su momento hicieron Arthur Schlesinger padre y Peter Drucker, aquél en 1917 y éste en 1942. Dar cuenta de la contrarrevolución organizada, dirigida y protagonizada por los Padres Fundadores a través de una correspondencia amplia, fluida y apasionada, que basa sus acciones en la suma del *apoyo divino* expuesto por los reverendos Jonathan Edwards y Timothy Dwight, incluyendo hasta el contradictorio y republicano Thomas Jefferson y la *racionalidad* del liberalismo anglo escocés, que va de John Locke y Adam Smith hasta el federalista Alexander Hamilton, será sólo una parte importante del texto de Orozco. En este se expone una originalidad por la cual planteo mi segunda invitación, ahora para quienes se reconocen como sus discípulos directos e indirectos, jóvenes y no tanto, y para los que vengan. Colegas, entender *la teología de la represión* y la explicación *del cómo el amigo se vuelve enemigo* son parte de las enseñanzas inagotables que este libro presenta.

Así, en la perspectiva orozquiiana, de la que hay discípulos en México, España, Italia, Canadá y Estados Unidos, “(P)rivilegiar al actor político sobre el intérprete académico”, puntualiza, “debe vérselas con un personaje corporativo al que

la ortodoxia historiográfica sustrae de todo yerro moral y de largo plazo: el de los Padres Fundadores”. Éstos han sido, en su diagnóstico, “elevados a forjadores de los principios políticos más inmaculados de la historia”. Para ellos, agrega, “(U)na escritura biográfica-moral-heroica se ha encargado de disipar o sublimar sus divergencias a manera de que, en la singular dialéctica de los intereses y los principios, brille, a la par del pluralismo, un plan único y superior cifrado en la devoción desinteresada por la libertad”. Valor que la modernidad presenta como indiscutible, pero cuyas interpretaciones por aquellos velarán por el bien público de una clase propietaria, elitista, excluyente y represora que consigna a la autoridad del gobierno la protección de sus intereses y la continuidad del *statu quo* dominante, legalmente establecido a través de la Constitución. Instrumento que debe, a través de revisiones y balances constantes, evitar los excesos de la democracia.

Hamilton y Jefferson, protagonistas y hombres identificables con las corrientes dominantes del pensamiento político estadounidense, expondrán una “Primera y última polarización ideológica”, que en el análisis de Orozco, “al desprenderse del viejo Estado piramidal, estamental y absolutista, anuncia una nueva cadena de mando estatal y un discurso político poliédrico cuyas caras se entrecruzan sin orden fijo”. De ahí la máxima de *los mismos fines, distintos medios*, que, en el juego del pragmatismo político-económico estadounidense, dará cuenta de un interés nacional que defiende y promueve la hegemonía avalada por el verdadero Dios y la defensa proyectada por la Seguridad Nacional que, neocoservadoramente, se enfatiza en la última década.

El complejo engranaje del hamiltonianismo y el jeffersonianismo, del rooseveltianismo y el wilsonianismo, o de su *versión más inmediata* del bushianismo o clintonianismo dará cuenta de los correlatos que configuran y enaltecen a “la Primera nación moderna, utopía de los modernos, primera nación universal, arquetipo democrático, ejecutora única del legado de la Ilustración, eje de la globalización, listado de títulos y títulos que año con año exaltan sin el menor titubeo”, en opinión de Orozco, “la excepcionalidad estadounidense”. Hoy ¿reinventada? con la elección de Barack Obama, un afroamericano, como Presidente de los Estados Unidos de América. Así sea.